



ARREGLO DE CÍRCULOS, ESPIRALES Y REMOLINOS DE NEWGRANGE

RAÚL PÉREZ ENRÍQUEZ*

Esa tarde, a tan solo tres días del evento esperado, la salida del Sol de invierno, los guías hacían los preparativos para la observación. Durante años habían estado construyendo, aquí en Newgrange, en este paraje del Valle de Boyne, el observatorio. Un par de generaciones de vecinos de este lugar habían logrado construir un pasaje de rocas alineada, terminando en una cámara en cruciforme y, con el objeto de oscurecerla, la habían cubierto de tierra hasta formar un gran montículo que a la par de otros dos (Knowth y Dowth), se asentaban en el sitio cercano al Río Boyne. Ese pasaje oscuro nos permitiría observar el paso del Sol. Pacientemente, estábamos a la espera de que los rayos del Sol penetraran al Templo y recorrieran los 19.6 metros hasta su fondo. La pared de la cámara estaba 4.4 metros más allá.

DR. RAÚL PÉREZ-ENRÍQUEZ
DEPARTAMENTO DE FÍSICA, UNIVERSIDAD DE SONORA
CORREO: RPEREZE@CORREO.FISICA.USON.MX

*Autor para correspondencia: Raúl Pérez-Enríquez
Correo electrónico: rpereze@correo.fisica.uson.mx
Recibido: 26 de Octubre de 2013
Aceptado: 11 de Noviembre de 2013
ISSN: 2007-4530





En efecto, mientras uno de los guías trabajaba meticulosamente en la piel de venado, raspándola y perforando en ella los orificios en donde se colocarían los anillos, otro terminaba de pulir las pequeñas piezas de roca que con un orificio en el centro, permitirían su utilización como estenotopos.

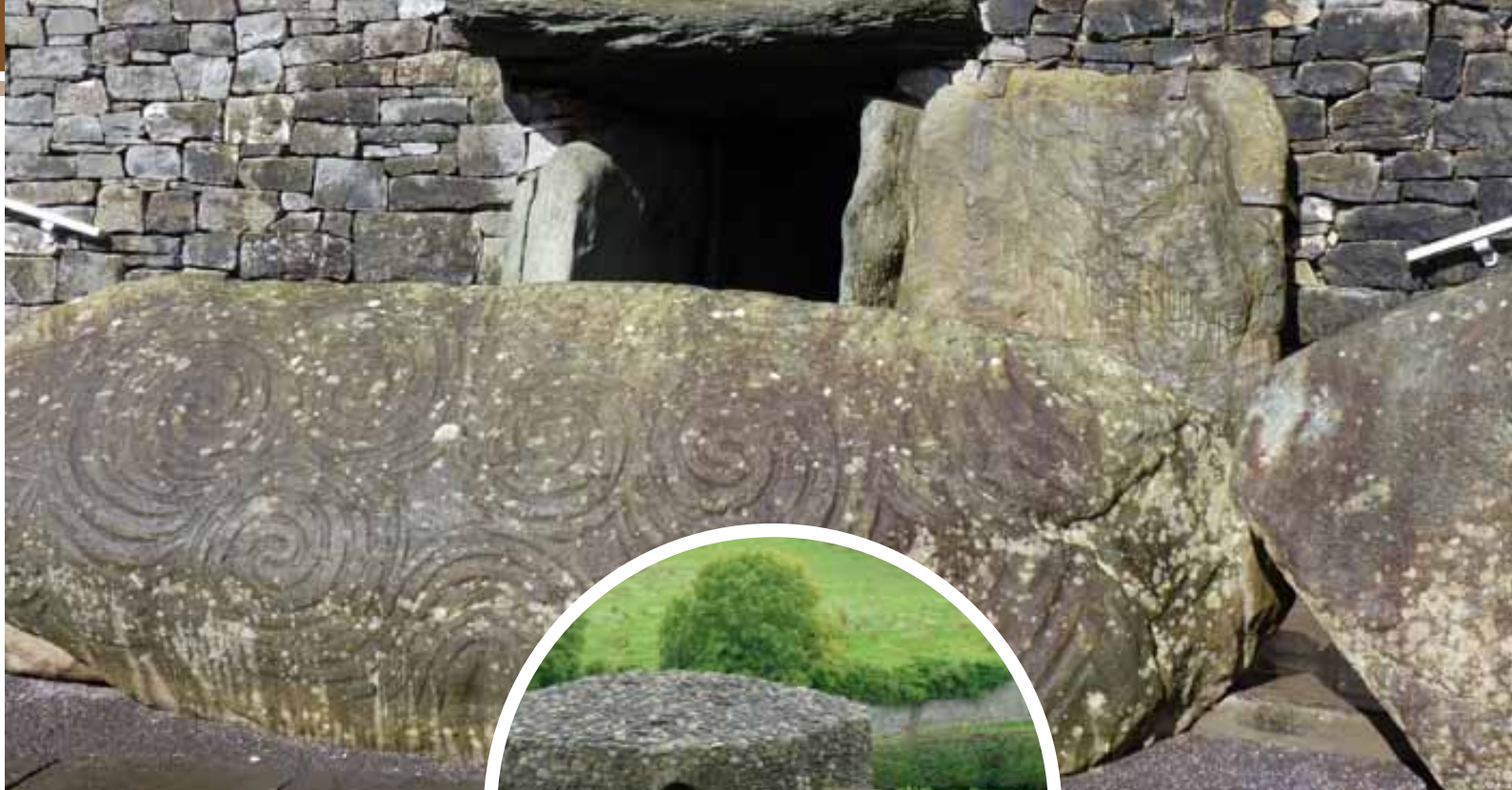
La algarabía de la comunidad alegraba y acompañaba ese trabajo de los guías. Ya unos de nosotros les llevábamos sus alimentos, ya otros las rocas ásperas que les permitían concentrarse en su labor si distracciones y contando con todo lo necesario a la mano. Devon, el guía que preparaba las pieles, me había explicado cómo le haría para colocar en los orificios que practicaba, las pequeñas rocas perforadas de diferentes diámetros que Gay fabricaba.

La idea era ubicar por encima de la entrada del pasadizo (en la "roof box" o caja techo) la piel con orificios para que el Sol del alba del día más corto del año se visualizara en el fondo. Los artesanos grabadores quienes, también, preparaban sus herramientas para el trabajo que tendrían, serían los encargados de capturar en la piedra las imágenes de ese Sol naciente.

Las pequeñas rocas tenían perforaciones de diversos diámetros porque no tenían la certeza de con cual lograrían el mejor efecto. Ya en el pasado, el cambio de piedra les había permitido dejar pasar suficiente luz para la observación, pero sabían que si éste era demasiado grande la visión provocaría, solamente, una cámara plenamente iluminada. Ese efecto con duración de unos cuantos minutos los había emocionado; sin embargo, los más viejos de la comunidad platicaban cómo al observar el paso de los rayos del Sol por entre el follaje de los árboles se había percatado de que lo que veían en el suelo eran pequeños círculos entrelazados; incluso, recordaban que cuando algún eclipse ocurría, ellos habían podido ver la desaparición de disco solar por la interposición de la Luna.

Los más jóvenes se arremolinaban alrededor de la entrada, como queriendo ser los elegidos para ser testigos de la ceremonia de observación que se preparaba.

Gracias a la intervención de Julieta, yo estaba entre los pocos que participaríamos del evento. Yo era el visitante que instigado por lo relatos difundidos y transmitidos de



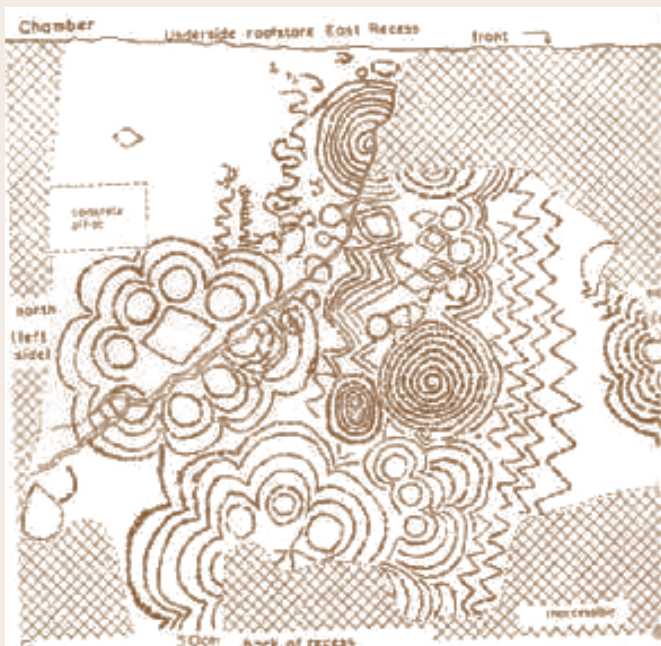
generación en generación, me había trasladado desde mi comarca de origen hasta este lugar.

Esa noche casi no pude dormir, la inquietud y nerviosismo me tenían en vela. Sabía que muy pronto me llamarían para estar desde la madrugada, pendiente de la salida del Sol. Y así fue. Horas antes del alba, los guías pronunciaron mi nombre y me dieron las instrucciones finales. Al acercarme a la puerta de entrada de aquel gran montículo con forma de riñón, vi cómo Devon colocaba la piel de venado esmeradamente preparada, con los ocho anillos (piedrecillas con orificio) que Gay le había hecho llegar. Pasé junto a él y me miró con satisfacción y con una mueca que interpreté como "que te vaya bien", me hizo espacio para entrar; la caja-techo que cubría con la piel estirada debería quedar perfecta para impedir la entrada de luz no deseada. Solamente éramos tres jóvenes los que llegamos hasta la cámara cruciforme; un par de señores se acurrucaban junto a nosotros para tener la oportunidad de participar de la ceremonia y de la observación. Yo era el único, creo, que no tenía algo encomendado a realizar. Sólo esperaré a hacer las observaciones y, a lo más, debería de pasar alguno de los instrumentos de trabajo a Sam, el grabador de piedra.

Cuando el día comenzó a clarear, un silencio profundo se apoderó del lugar. Los gritos y movimientos que antes alcanzábamos a oír, se detuvieron por completo.

La expectación era grande. Pero cuando comenzamos a mirar sobre el piso del pasaje los rayos solares, las palabras de Gay rompieron el silencio. Con la respiración entrecortada pude apreciar la llegada de la imagen del Sol al fondo de la cámara; sobre la pared de piedra todos pudimos apreciar un arreglo de discos luminosos, círculos nítidos con pequeñas manchas oscuras; por fin, el aire salió de nuestros pechos en un suspiro que duró varios segundos. Tan pronto como Gay le indicó a Sam que iniciara su registro, él se dio a la tarea de rescatar en la roca del techo de la cámara lo que aparecía ante nuestros ojos. Más tardó en hacerlo que lo que a Devon le tomó remplazar los anillos por otros con un orificio mayor. Fijos como estaba en la piel restirada, los mantuvo firmes para permitir que los rayos del Sol pasaran por ellos y formaran en la roca otra imagen espectacular. Sólo ese otro anillo fue el que se alcanzó a instalar en el portal de la entrada, antes de que el Sol en su camino ascendente en el cielo, desapareciera y todo quedara a oscuras.

El sudor corría por mi frente y coyunturas, empapando mi cuerpo... Mi mente no quería regresar del embeleso que esa visión del Sol, totalmente nueva para mí, me había producido. Fue Gay con unas palmaditas en mi espalda quien me devolvió a la realidad. Salimos cautelosamente y dejamos a Sam, terminando de grabar su mensaje: el mensaje que el Sol había transmitido.



El bullicio a las afueras de la gruta acababa de reanudarse y los más pequeños de la comunidad corrían y giraban alrededor de los guías. Todo volvió a quedar en silencio cuando desde una gran roca Gay comenzó a describir el fenómeno que habíamos presenciado. Fue elocuente al describir el trabajo de Sam y la forma en que

más adelante ya con más calma, se permitiría a todos la observación del registro. Fuertes vítores se escucharon cuando por fin, terminó su discurso. Sólo entonces, Devon tomó la palabra y prometió que para el siguiente Solsticio de Invierno nos reuniríamos de nuevo para vivir esta gran experiencia.

Cuando la calma regresó al Newgrange, me acerqué al guía Devon para preguntarle sobre los motivos que la comunidad había tenido para asentar en aquel valle el Templo-Observatorio. Del largo discurso que sobre la adoración del Sol y la Luna que por generaciones habían profesado, logré entender cómo con la ayuda de un gnomon y una observación meticulosa de sus sombras a lo largo del año, ellos, sus antepasados habían encontrado ese lugar en el que la diferencia de sombras del Solsticio de Invierno y del Solsticio de Verano (el factor gnomónico, pensé yo) medía lo mismo que cuatro veces la altura del gnomon.

Yo me quedé cavilando; recordando lo que la gente de Stonehenge me había dicho: "El factor gnomónico aquí es tres, ¡sí, 3 exactamente!". No lo podía creer. Ambos grupos tenían a la observación del Sol como una actividad fundamental y contemplaban y establecían relaciones entre las sombras y los gnómones que las producían de manera similar. ¿Será algo aprendido o alguien se los enseñó?, me pregunté.

